

LIBROS

Pícaros y mendigos

En el marco del creciente interés hacia los escritores sociales y económicos de la España de los Austrias, la ventaja correspondía en estos últimos años a dos polos de atracción paralelos: en primer término, los economistas y arbitristas, testigos sorprendentemente lúcidos de la crisis, analizados por historiadores de la economía y del pensamiento social, y, por otra parte, la novela picaresca, que ha visto sucederse en la última década los trabajos de Bataillon, Cros, Tierno Galván y Francisco Rico. Correlativamente iban surgiendo las reediciones críticas, muy bien cuidadas, de aquellos clásicos olvidados: abrió el camino la edición, por Anes, de los Memoriales de Martínez de la Mata, seguido a cierta distancia por la excelente presentación de la Restauración política de España, a cargo de Jean Vilar, y por otra Restauración, la del "mesteño" Caja de Leruela. En el intervalo, el propio Jean Vilar nos adelantaba algunos aspectos de su estudio general sobre el arbitrista y llegaba por fin la versión castellana del estudio sobre la agricultura española en la segunda mitad del XVI de Noël Salomon (bajo el título de *La vida rural castellana en tiempos de Felipe II*).

Esta acumulación de trabajos de primer orden iba, no obstante, creando un vacío en torno a una corriente ideológica que justamente podía servir de enlace entre los cambios económicos y la aparición de la picaresca. Nos referimos a las polémicas en torno a los pobres, que en los años 50 habían sido objeto de un documentado estudio de María Jiménez Salas y contaban además una reimpresión muda —esto es, sin prólogo ni notas— de los textos enfrentados de Soto y Juan de Robles en la Colección "Civitas" de Estudios Políticos, pero cuya significación en el



EL PICARO GUZMÁN DE ALFARACHE.

proceso de cambio del siglo XVI solamente había sido apuntado por José Antonio Maravall, en el segundo volumen de su *Estado moderno y mentalidad social*. Maravall advierte el cambio que la consideración de la pobreza experimenta a lo largo del XVI, como resultado de los cambios económicos e incidiendo en el comportamiento del poder. La pobreza deja de suponer una simple incitación a la misericordia, para constituirse a un tiempo en problema concreto a resolver y en indicador de las formas de evolución de una sociedad.

Esta línea interpretativa es desarrollada por el investigador francés Michel Cavillac en su reciente edición de uno de los textos clásicos de la discusión sobre los temas aludidos: el *Amparo de pobres*, que en la úl-



Guzmán español a su ló en Genova con los paños que dice también alhajas y pedería para robarte después.

tima década del XVI escribe una de las figuras más complejas del período, Cristóbal Pérez de Herrera, protomédico de galeras, hombre que gozó de la estima del viejo Felipe II y que fue por añadidura amigo próximo de Mateo Alemán. La relación personal anuncia el nexo teórico que, según muestra Cavillas, ha de establecerse entre el proyectista de los albergues de pobres y el creador del Guzmán de Alfarache.

Hay que advertir que el estudio preliminar de Cavillac es mucho más que lo que podría denunciar el modesto epígrafe de "introducción". Sus 200 páginas constituyen un estudio revelador, no sólo de la personalidad de Pérez de Herrera, sino de las diversas fases que en el tratamiento de la pobreza dentro de la España del XVI responden a la evolución del sistema económico, las relaciones de clase y la mentalidad social. Una primera historia social sobre el tema queda así establecida, mostrando cómo las tensiones del crecimiento en la primera mitad del siglo introducen el problema con una expulsión de población rural, e incremento consiguiente de vagabundos y mendigos, que hace nacer los textos de Soto y Robles, y las medidas urbanas de asistencia y control de los pobres en la década de 1540. Más tarde, la reaparición de proyectos va punteando las fases críticas del siglo, con la incidencia de la Contrarreforma, que tiende a fijar, al tiempo que se consolidan los estatutos de limpieza de sangre, unas pautas de comportamiento social que responden al fin del crecimiento económico, a la concentración de la propiedad y de las rentas en las áreas urbanas y al endeudamiento de los sectores productivos de la agricultura. La crisis finisecular, con la acumulación de mendigos en las ciudades (del 30 al 50 por 100 de la población en algunos casos), la quiebra financiera del Estado y el hambre y la peste remachando el declive de unas fuerzas productivas agobiadas por la acción conjugada de impuestos, asientos, censos y juros, es el cuadro en que Pérez de Herrera desarrolla su plan de reforma, construyendo albergues de pobres en todas las ciudades del Reino. Pero, más que la solución, importa destacar que el



Procurando Guzmán a una dama le sacó un verde, se dio con él en un lodazal.

problema no es ya sino una parte del proceso crítico que afecta a la sociedad española. La mendicidad se inserta en el conjunto de problemas que la acción estatal debe tomar en consideración, según Pérez de Herrera, a la hora de restaurar las fuerzas productivas y frenar la polarización creciente de la sociedad. El correlato de la ociosidad mendicante es el parasitismo rentista. Y en esta tensión estructural, inseparable de la ideología dominante, pero también del reconocimiento del proceso de destrucción que la misma conlleva, nace la figura literaria del pícaro.

En su libro sobre Pérez de Herrera, que viene a prolongar la colección de "Clásicos castellanos", de Espasa-Calpe, Michel Cavillac ha hecho, pues, mucho más que documentar la figura de un arbitrista, permitiéndonos situar con precisión los aspectos ideológicos de la crisis de la sociedad española que Vilar calificara de "tiempo del Quijote", y que posiblemente podría también denominarse "tiempo del Guzmán". En suma, nos encontramos ante una contribución sobresaliente al conocimiento de la España de los Austrias. ■ ANTONIO ELORZA.

Proceso a la narrativa española

Proceso a la narrativa española, posterior a 1939 llama nuestro compañero Fernando Álvarez Palacios al conjunto de

trabajos reunidos bajo el título de "Novela y cultura española de posguerra", publicados por la Editorial Cuadernos para el Diálogo en su colección "Divulgación universitaria".

Alvarez Palacios es conocido por los lectores de TRIUNFO por sus trabajos sobre temas literarios y culturales o por sus trabajos de tema andaluz. Nació en Sevilla, en 1935, y allí vive. Es responsable de las páginas literarias de "El Correo de Andalucía" y su firma aparece también en "Cuadernos para el Diálogo" y "El Urogallo".

En tres partes podemos considerar dividido el libro. Una primera, de amplia temática, donde el autor yuxtapone estudios sobre el realismo social, los premios literarios, los escritores latinoamericanos del llamado "boom", el exilio, etc. Todos



F. Alvarez Palacios.

ellos más o menos relacionados con "la difícil aventura" de nuestra novela; aventura cuyo éxito, señala Alvarez Palacios, "no ha radicado en superarse, sino simplemente en subsistir". Cosa no siempre fácil, porque las cortapisas no escasearon. En marzo de 1941, por disposición ministerial, se hablaba de la intervención en la política editorial a través "de tres aspectos: ortodoxia, moral y rigor político". Intervención que no paraba ahí, porque los profesionales del ramo encargados de esta labor se veían superados —y con frecuencia desbordados— por auxiliares espontáneos. Así, por ejemplo, ocurrió en el caso de algunos de los novelistas salidos de la guerra: Pedro de Lorenzo,

Gonzalo Torrente Ballester, Camilo José Cela o Rafael García Serrano. Cela vio su "Pascual Duarte" calificado de "inmoral", de "brutal crudeza" y de "dañoso" para la generalidad por la revista "Ecclesia". Con Rafael García Serrano la artillería empleada fue de mayor calibre: nada menos que el cardenal primado de España tomó cartas en el asunto para denunciar "La fiel infantería"...

En no pocos de estos estudios, Alvarez Palacios parte de los orígenes a veces un tanto lejanos (así, cuando trata el tema de los latinoamericanos, se remonta, brevemente, al Inca Garcilaso; a la Restauración y al 68 en el tema del exilio, e incluso llega a hablar del exilio en general como ruptura, etc.). Estos saltos atrás rompen la sensación de unidad del libro y dan la impresión al lector de que la historia vuelve a recomenzar. Así es el caso del último capítulo ("¿Hacia dónde va la novela española?"), en el que se plantea otra vez la peripecia político-ideológica del Régimen en su política cultural. Visto desde otro punto, este fraccionamiento le presta autonomía a cada capítulo (algunos llevan incluso su bibliografía particular) y acentúa el carácter de libro de consulta. Carácter que refuerza mucho la inclusión de una gran encuesta a 26 escritores españoles, que complementa el extenso recorrido del autor en los capítulos anteriores. En esta encuesta se pasa revista al tema de la influencia de la guerra, la crisis de la novela, el papel de la censura y del editor, el realismo social (situado anteriormente por Fernando Alvarez Palacios en sus justos límites), la crítica, los premios... Es una muestra importante la que aquí se presenta, y cada autor va con su biografía y bibliografía, como después hace Alvarez Palacios en el anexo dedicado al exilio. Aquí figuran casi 160 intelectuales. Algunos (muy pocos), sin datos biográficos, no todos difícilmente completables (pienso, por ejemplo, en los casos del matemático José Gallego Díaz, del profesor Claudio Guillén, o del periodista Miguel de Salabert). Habría de completarse también, en una edición posterior, alguna inexplicable ausencia; tal es el caso del periodista e historiador Antonio Ramos-Oliveira, que tampoco apareció

en el trabajo del autor "Andalucía: literatura y exilio", publicado en el número 3 de la difunta revista "La Ilustración Regional" (Ramos era andaluz, de Zalamea la Real, Huelva).

El libro de Alvarez Palacios es un libro de consulta, además de un libro de lectura. El autor ha manejado multitud de fuentes y autores (el índice onomástico lleva alrededor de 700 nombres). No es un libro pesimista, aunque en ocasiones puede parecerlo. No sólo porque, como recogimos más arriba, el subsistir haya sido ya un éxito, sino también porque "mejor que hablar de crisis del pensamiento español, de la falta de imaginación de los escritores, de la desertión de este o aquel artista, creo que más cierto sería hablar de la crisis de nuestra sociedad". ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

Claudín, entre el rigor y la heterodoxia

La primera reacción que puede producir la lectura del libro de Claudín es la sorpresa (1). En estos pagos, cuando se trata de un libro sobre el marxismo, no estamos acostumbrados a tanto rigor, a tan clara responsabilidad intelectual, a materiales de tan primera mano. Por esta razón, la reciente recuperación de Claudín por la cultura española va a elevar el tono de lo que en el futuro se publique sobre historia política.

"Marx, Engels y la revolución del 48" constituye un magnífico tríptico sobre una de las revoluciones clave de nuestro tiempo. En la primera parte analiza, precisión tras precisión, la teoría revolucionaria a la hora del Manifiesto; en la segunda, la más extensa, se traza un amplio panorama histórico para poner las cosas en su sitio; en la tercera se intenta una síntesis entre los hechos y la teoría. Todo ello, sin un desenfoque, sin un resbalamiento arbitrario, sin un vacío mental, y así a través de cerca de 500 páginas de apretada tipografía.

Se esté o no de acuerdo, en

(1) "Marx, Engels y la revolución del 48", Fernando Claudín. Biblioteca del Pensamiento Socialista. Siglo XXI, Madrid, 1975.

adelante tendremos que contar con el libro de Claudín cuando discutamos los puntos decisivos del marxismo, en especial la noción de "partido", de "revolución permanente", de "dictadura del proletariado", y algunos otros.

Este hecho, insólito en nuestro medio intelectual, tiene, sin embargo, un trasfondo que el lector debe tener en cuenta. El libro nace de un secreto designio polémico; designio tan escondido, que al lector que no esté sobre aviso puede escapársele. El orden de los conceptos, la estructura teórica, es tan notable, que no aparece en primer plano la intención fundamental: atacar al "marxismo dogmático", o, como Claudín tal vez diría, al "marxismo reverencial".

Nadie negará que esto sea



Fernando Claudín.

sano. Lo grave está en otra dimensión. Claudín puede caer en la tentación de la heterodoxia. Su psicología es ya, por adelantado, un peligro: el amor a las grandes ideas, la probidad sin tacha y su poco de tímida testadurez. Cuando él considera necesaria, por encima de todo, la unidad del movimiento obrero, uno se pregunta, sin querer, si el abandono de la vanguardia puede favorecer tan alto objetivo. La disgregación de la izquierda combativa y consciente es una enfermedad que daña la evolución histórica, y Claudín, con su libro, quizá haga más dura, más acre, más intelectual la disputa, pero no contribuye a superarla, a abrir un